

público, viendo lo que de él se decía en los periódicos, llegó á creerle un grande hombre.

---

IV

AUGUSTAS FUNCIONES LEGISLATIVAS

Después de unas cuantas juntas preparatorias en que fueron examinadas las credenciales de los diputados, señalóse día para la apertura del Congreso constituyente, y tal día llegó al cabo. El jefe del gobierno presentóse en la Cámara á dar cuenta de lo que había hecho y de lo que estaba por hacer. "El esfuerzo del pueblo—decía—ha derribado al tirano. Hoy comienza una nueva era para el país que hasta ahora va á gozar de los beneficios de la independencia. En cuanto á la hacienda pública, está por crearse; el ejército necesita nueva organización que lo moralice después de formarlo; la legislación es un caos y no hay comercio ni industria. La patria, señores, espera de vuestras luces el remedio de sus gravísimos males."

Aquí los representantes del pueblo inclinaron la cabeza, como para darse por apercibidos de tal notificación, y una salva de aplausos ahogó las últimas palabras del primer magistrado.

Gaspar Rodríguez no había perdido enteramente su tiempo. A poco de haber llegado á México, compró un ejemplar de la Constitución de los Estados Unidos del Norte, perfectamente empastado. Un amigo le prestó el "Contrato social" de Rousseau y las obras de Alfonso Esquiros, en una de las cuales halló estampado que es imposible que puedan avenirse la tradición y el progreso, la fe y la razón. Hizo de esta frase su divisa político-religiosa, y se lanzó á la arena.

En la época á que se refieren estas páginas venía mayor número de hombres instruidos á los congresos; la ignorancia no era todavía un título para representar al pueblo. Gaspar lo sabía y como no estaba adornado de conocimientos muy profundos en los diversos ramos que deben constituir la ciencia de un buen legislador, y así lo conocía él, se propuso no tocar, generalmente hablando, más que las cuestiones abstractas, que pudiéramos llamar de metafísica política, y en las

cuales, con embutir las palabras "patriotismo, ilustración, progreso, etc.," estaba seguro de captarse cierta popularidad, que es lo único que anhelan muchos individuos de su clase, si bien otros hacen servir esa popularidad de cascabel á su interés más ó menos bastardo. Si Gaspar no era indiferente á las comodidades materiales de la vida sobre el deseo de la conveniencia propia, se levantaba en él preciso es decirlo, el ídolo de la monomanía política que le dominaba de algunos años atrás. Cervantes describe al caballero manchego empleando muchos días en construir yelmo y escudo que destruí instantáneamente al primer tajo de su espada: Gaspar declamaba á solas en el cuarto de su posada, ensayando los discursos que debían conquistarle popularidad, y cuya ilusión destruía á lo mejor la lavandera, entrando á recoger la ropa sucia del nuevo Demóstenes.

En las actas de aquel congreso pueden leerse los discursos de Gaspar Rodríguez. Tenemos á la vista el primero que pronunció, á otro día de la instalación de la Cámara. He aquí un extracto de algunos de los trozos que más entusiasmaron á la asamblea.

"Señores: Si abrimos los libros sagrados, veremos que desde el principio del mundo se disputan los destinos del bien y el mal, que no son otra cosa que la libertad y el despotismo.

"Si nos remontamos á las tradiciones de otra esfera más antigua y mejor que la nuestra, veremos al despotismo (Luzbel) queriendo destronar á la libertad (Dios). El primero quedó escarmentado, gracias á la espada de San Miguel, á quien con justicia podemos llamar el Laffayette de la república celeste, como que sabido es que él manda la guardia nacional de los ángeles. ("¡ Bien, bien!")

"Vengamos al mundo sublunar que habitamos. ¿Quién indujo á Adán al pecado? ¿Quién asesinó á Abel? ¿Quién embriagó á Noé? ¿Quién puso trabas á la construcción de la torre de Babel, magnífica pirámide proyectada en honor de la libertad? ¿Quién arrojó á Agar de la tienda de Abraham? ¿Quién puso en el tálamo nupcial de Jacob á Lila en vez de Raquel? ¿Quién llenó de lepra á Job y le puso en la mano una teja para que se rascara? Lo que es á un mismo tiempo causa y agente del mal; lo que la Escritura llama serpiente, Luzbel, Moloc ó Levia-

than, para mí, señores, no es otra cosa que el partido retrógrado. (Profunda sensación.) Pero ¿adónde—se me preguntará—quería ese partido hacer retrogradar al mundo, puesto que la mano del Criador acababa de sacarlo del caos? La respuesta, señores, es muy sencilla, y brota de la misma pregunta: ¿quería hacerlo retrogradar al caos! (¡Bien, bien!)

“En épocas posteriores, el partido retrógrado invadió la Grecia con el ejército de Darío, quien tuvo la osadía de arrojar una gruesa cadena al mar con la mira de aprisionarlo; ese mismo partido envenenó á Sócrates, y causó entre otras muertes la del ciudadano Jesús, el más sabio de los filósofos y el fundador de la democracia.”

Aquí hacía el orador á su modo, la apología del Evangelio y traía la historia del partido retrógrado al través de los siglos hasta después de efectuada la independencia de México. En seguida continuaba:

“Ese partido, señores, fusiló á Iturbide, hizo por medio de manejos tenebrosos que, en 1828, abandonasen el país multitud de españoles, y lo que es peor, sus capitales; asesinó á Guerrero, hizo que Terán se suicidase,

ocasionó la independencia de Tejas, infamó la memoria de Poinsett y de Zavala, y acaba de firmar una paz vergonzosa con el invasor norte-americano, cediéndole gran parte del territorio.

“Mas, ¿para qué extenderse (llevaba dos horas de tener la palabra) en sacar á luz los hechos anteriores del partido retrógrado, cuando estamos palpando sus maquinaciones contra la libertad y sus adeptos? Yo mismo, señores, he sido expatriado por el tirano, y cuando, de vuelta á mi hogar fuí premiado con el alto cargo de diputado por el pueblo; al llegar á esta capital, donde existe principalmente el foco de los retrógrados. . . . ¿Lo creeréis, señores? (¡Atención, atención!) Cuando ese mismo pueblo me preparaba, según lo prueban las cartas de mis amigos, una magnífica ovación patriótica, para honrar así la libertad en mi individuo, ¿qué sucedió, señores? (¡Atención!) Que en todo el tránsito de la garita á la casa de diligencias, donde estoy posado, cuarto número 13; que en todo ese tránsito, digo, ni un solo ciudadano se atrevió á dirigirme la palabra ni á hacerme la más insignificante demostración de ca-

riño ó de inteligencia. ¿Cómo se explica esto, señores, en una época toda de libertad, y cuando existe al frente del país un gobierno que reconoce en los ciudadanos el derecho de reunión, y á quien complacen en alto grado las patrióticas manifestaciones de éstos? ¿Cómo se explica....?”

El orador se palpa el vientre, ejecuta dos ó tres movimientos oscilatorios en la tribuna, mirando á uno y otro lado de las galerías; se sonríe maliciosamente, y continúa después de una breve pausa:

“¿Cómo se explica?... Yo os lo diré, señores. (¡Atención!) En los heroicos tiempos de la Grecia vemos á las sibilas descifrando las respuestas de los oráculos y constituyéndose así en árbitros de la suerte de las familias y hasta de la suerte de las repúblicas. En la historia egipcia hallamos á los sacerdotes de Isis y de Orisis monopolizando las ciencias, sorprendiendo el secreto de las inundaciones del Nilo; ellos hicieron adelantar en provecho suyo la agricultura y la astronomía, llegaron á fabricar magníficas velas de patente con el aceite de cocodrilo: y, en suma, engordaron con el sudor del pueblo. Si del Egipto pasamos á

las Galias, conquistadas por los romanos, ¿de quién no es conocido el despotismo sacerdotal de los druidas? Ellos arrastraron al suplicio á la sensible Norma, amante de Polion....

Una voz en la galería.—Norma no es sino invención de Bellini.

Otras voces.—¡Silencio! ¡Que hable el orador!

“Y á propósito de Norma, ella es, señores, la personificación de todas esas jóvenes desgraciadas á quienes marchita la atmósfera del claustro. Mas no quiero divagarme. La influencia que ejercían las sibilas sobre los griegos, los ministros de Isis sobre los egipcios y los druidas sobre los galos, nada era comparada con la que hoy ejerce la milicia del Papa, sobre los ciudadanos de todas clases y condiciones. Esos hijos de la Roma moderna—pues los tonsurados dejan de ser mexicanos en el solo hecho de que obedecen al Papa—en los misterios lóbregos del confesonario inculcan á las gentes sencillas y fanáticas un odio profundo hacia nosotros los hombres de la reforma, y como ellos disponen de los bienes de la tierra, y de los del cielo—únicos que deberíamos dejarles,—dominan completamente á las ma-

sas. A esto y no á otra cosa, atribuyo, señores, la fría recepción que se me ha hecho en México. La República toda no me parece en este momento sino una gran sacristía, y la atmósfera que nos rodea me forma la ilusión de una enorme y negra sotana de jesuíta." (Numerosos aplausos.)

He aquí en substancia, el discurso que estableció la fama de Gaspar Rodríguez como orador. Los periódicos lo reprodujeron, no sin elogios, y el Ministro de Relaciones dió un convite al Mirabeau moderno.

Para llenar el objeto de este capítulo, nos falta hacer un ligero estudio anatómico, de lo que suelen ser en México los congresos. Si se llaman constituyentes, tratan de importar leyes del extranjero, que no siendo adecuadas á nuestras necesidades sociales, se quedan escritas simplemente cuando influye un gobierno juicioso, ó causan gravísimos trastornos cuando son llevadas al cabo por el capricho ó la ceguera de los que mandan. Si se llaman constitucionales, consideran como enemigo natural suyo al gobierno, y tratan de molestarlo y de paralizar su marcha, valiéndose de expedientes parlamentarios. Si el gobierno

es fuerte y precavido, los disuelve y se salva; si es débil ó ciego, los tolera y tiene la gloria de caer con ellos. Gobiernos hay que adoptan un término medio, y como tienen en sus manos la llave de los destinos públicos, no hacen más que sonarla contra la ambición y la codicia personales para atraerse gran número de diputados, y tener así en la Cámara lo que se llama mayoría. Una vez conseguido esto, el gobierno subsiste tranquilamente y se ríe de la exaltación de unos cuantos patriotas que lo atacan.

Si los congresos fueran, en efecto, representantes del país, veríamos en ellos igualmente respetadas y atendidas las clases todas que lo componen; pero cuando un liberalismo exagerado se apodera de los negocios públicos, llama sin criterio alguno al ejercicio del derecho electivo á toda la masa de la población, influye en sus votos, asalta los puestos en virtud de la preponderancia del número y no del triunfo de la razón y de la inteligencia, y dicta leyes, no protectoras de la sociedad, sino atentatorias respecto de una ó más clases, é inútiles ó nocivas al común de los ciudadanos.

Existe en las entrañas de nuestra

generación actual una enfermedad gravísima y que pudiéramos llamar de imitación. Cuando las casacas redondas, cuadradas ó puntiagudas se usan en México, es porque han dejado ya de usarse en París. Estamos parodiando ahora la república francesa de 1793. ¡Cuidado, que apenas hay atraso! Cuando en las sociedades europeas, donde el filosofismo del siglo XVIII se creyó arraigado para siempre y dueño absoluto é imperecedero de las instituciones públicas y hasta de las costumbres domésticas, se opera rápidamente una benéfica reacción hacia los principios sociales y religiosos á cuya sombra únicamente crecen y prosperan los pueblos, nosotros nos afanamos por imitar la tragedia, que en nuestros humildes bastidores queda reducida á sainete, sin que los males que produce sean por ello despreciables.

Todavía en la época de las funciones legislativas de Gaspar, las instituciones sociales y religiosas á cuyo abrigo se había el país salvado de los embates de tantas revoluciones, no eran abiertamente atacadas. Pronunciáronse algunos discursos tan vehementes y disparatados como el de nuestro pro-

tagonista, y él y sus compañeros presentaron en las sesiones secretas proyectos de leyes, relativas á la libertad de cultos, libertad absoluta de imprenta, desamortización civil y eclesiástica, juicio por jurados y demás puntos que constituyen el credo político de la exaltación democrática; pero no faltaron diputados que manifestaran lo monstruoso que sería romper la unidad religiosa é introducir primero diversos cultos por el solo gusto de tolerarlos después; lo incompatible de la libertad absoluta de la prensa con la existencia de los gobiernos de hecho, que se levantan hoy por medio de una revolución para caer mañana en virtud de otra; lo impolítico de la desamortización cuando la agricultura, en lo general, no contaba con otros bancos de avío que las cajas del clero, y, por último, lo mucho que convendría enseñar al pueblo á leer y escribir antes de llamarle á juzgar. Aquellos discursos y proyectos no dieron, pues, otro resultado que conquistar á Gaspar y socios la admiración un tanto cuanto cándida de sus sectarios. Por lo demás, predominaban en la cámara de color "moderado," y la mayor parte de los representantes del pueblo

temblaron al oír las ardientes peroratas de Gaspar, ni más ni menos que si estuviesen persuadidos de que las ideas enunciadas iban á causar la desdicha de México. Ellos se hallaban contentos con el orden político y administrativo reinante á la sazón; habían pecado ya, ó tenían en expectativa empleos más ó menos lucrativos para vivir con holgura, y apadrinando y propagando las ideas demagógicas, se tenían espantados ante su realización, como si en política las ideas no constituyeran la mitad del camino de los hechos.

La asamblea legislativa á que perteneció Gaspar, murió casi de inanición. Unos cuantos representantes, animados de las mejores intenciones, al ver que nada podían hacer en beneficio del país, se fueron retirando desalentados. Otros, de los más entusiastas al principio, se habían avenido de tal modo con los placeres y distracciones de la moderna Babilonia, que, después de haber reñido entre sí porque había quienes quisieran llevarse los poderes federales á Chihuahua, para que conociesen personalmente á los bárbaros, y quienes desearan establecerlos en el Saltillo, á fin de que el

presidente y los ministros usaran riquísimos jorongos de la tierra, acabaron por no salir de los teatros y billares, adonde acudían comisiones de leva, queriendo conducirles al santuario de las leyes. En vano Gaspar y sus compañeros se desgañitaban en la tribuna, agotando contra los faltistas cuantos epítetos injuriosos contiene el diccionario de la lengua, y aun otros que no se hallan en diccionario alguno. Confesáronse, al fin, vencidos, y á toda prisa dieron la última mano á una carta constitutiva que ellos creían imperecedera y de la cual á los ocho meses nadie se acordaba.

Señalóse día para la clausura de las sesiones; llegó al cabo, y el presidente de la cámara dijo al de la República lo mismo, casi, que éste había dicho á aquél cuando se inauguró el congreso. "Los esfuerzos del pueblo han dado cima á la obra inmortal de la constitución. En cuanto á la hacienda pública está por crearse; el ejército necesita nueva organización que lo moralice después de formarlos; la legislación es un caos y no hay comercio ni industria. La patria, señor presidente, espera de vuestra energía el remedio de sus gravísimos males."

Dióse por notificado el presidente de la República, y sintióse desde aquel día más libre de estorbos en el desempeño de sus funciones; pues sabía que en las sesiones secretas del congreso se le había comparado á Diocleciano y á Nerón. En cuanto á los diputados, tenían triste el semblante. La mayor parte de ellos no se daban por satisfechos con la gloria conquistada. Además, se les habían acabado las dietas, y aunque tenían en perspectiva los viáticos para volverse á la provincia, les asustaba el porvenir.

V

ENRIQUE EN EL COLEGIO

Terminadas sus tareas legislativas y disponiéndose á volverse al lugar de su antigua residencia, Gaspar se acordó de que era padre y quiso hacer una visita al hijo á quien había enviado á la corte á fin de que se educara con arreglo á las "exigencias" del día, recomendándole, según hemos dicho antes, á una de las notabilidades del liberalismo.

Cuando Gaspar—después de haber recorrido dos ó tres patios, donde los alumnos del colegio se entregaban al pugilato, y unos cuantos corredores, en los cuales oyó conversaciones que de puro libres le chocaron, no obstante lo liberal que era,—entró en la celdilla de Enrique, hallóle negligentemente recostado en una silla, con las piernas extendidas y un grueso puro habano en la boca. Le acompañaban tres ó cuatro condiscipulos: en la mesa había diversas copas empañadas y una botella de Chateau-Lafite, casi á la mitad. Al llegar Gaspar, uno de los colegiales recogió de la mesa y se echó en el bolsillo una baraja con la mayor flemma del mundo. Aquellos muchachos insolentes no se pusieron en pie á la llegada de la visita.

—Niños, buenas tardes. ¿Cómo la pasan ustedes?

—"La, la Tout doucement."

—Enrique, ¡qué grande estás ya! ¿Te ha escrito tu madre?

—Se cansó ya de hacerlo y, como hacía seis meses que yo no le contestaba, lleva dos de haber suspendido sus cartas.

—No conviene proceder así, Enrique.